

NOMINALISMO, LENGUAJE TRASCENDENTAL Y CRÍTICA DE LA EXPERIENCIA COGNOSCITIVA EN WITTGENSTEIN

MIGUEL GARCÍA-VALDECASAS *

Manuscrito recibido: 15-X-2004
Versión final: 20-XII-2004
BIBLID [1139-6600 (2005) n° 7; pp. 209-237]

RESUMEN: Este trabajo se ocupa de tres aspectos principales de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein: la teoría de la forma lógica, la teoría de los objetos del *Tractatus* y la crítica la teoría de los *sense-data*. Las tesis de Wittgenstein se compararán con el pensamiento de Leonardo Polo y, especialmente, con algunas afirmaciones de Polo en torno al nominalismo, la constitución de un lenguaje trascendental y el concepto de conocimiento en Wittgenstein.

Palabras clave: Wittgenstein, lenguaje, *sense-data*, percepción.

ABSTRACT: This paper deals with three main issues of Wittgenstein's philosophy of language: the theory of logical forms, the theory of objects in the *Tractatus* and his criticisms of the *sense-data* theory. Wittgenstein's theses are here compared with those of Leonardo Polo's philosophy, and especially, with some Polo's remarks on the making of a transcendental language, nominalism and the concept of knowledge in Wittgenstein's thought.

Keywords: Wittgenstein, Language, Sense-data, Perception.

1. El análisis lógico de las proposiciones y el lugar de la filosofía

“El filósofo” escribió Wittgenstein “no es ciudadano de ninguna comunidad de ideas. Eso es lo que lo convierte en filósofo”⁵⁸⁹. No es tarea fácil de juzgar la vida y la filosofía de Ludwig Wittgenstein que, sin duda, respondió mucho a ese lema. Wittgenstein es un filósofo del siglo XX, que a diferencia de otros pensadores procuró apartarse de corrientes, modas e ideas filosóficas, explorando por su cuenta el hallazgo de una nueva filosofía. Se podría decir que su pensamiento se inspira en la lectura de algunas obras de San Agustín, Schopenhauer, Kierkegaard, Freud y Weininger, y quizá de un modo más

* Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación sobre el concepto de “*Self*” en Wittgenstein, financiado por la Secretaría de Estado de Educación y Universidades y el Fondo Social Europeo.

589. A. KENNY, *Wittgenstein*, Allen Lane, London, 1973, 1.

inmediato, en Frege y Russell, a quienes conoció y trató personalmente. Sin embargo, nunca se consideró seguidor ni discípulo de ninguno de ellos. Es cierto que gran parte de sus ideas surgieron del diálogo con filósofos contemporáneos como los miembros de Círculo de Viena, Moore o Russell, pero no resulta fácil encuadrar su pensamiento dentro de alguna corriente filosófica en particular, a no ser que para describir su método de hacer filosofía, se emplee la caracterización general de “filosofía del lenguaje”.

El propósito de este trabajo es analizar algunos rasgos más significativos de su pensamiento, observándolos o contrastándolos con el pensamiento de Leonardo Polo. Para eso, pasaré revista primero a algunas de sus ideas más características. Comenzaré por la noción de forma pictórica, la noción de isomorfía y la naturaleza de la filosofía, lo que servirá para explicar qué se entiende por un “objeto” y las diversas interpretaciones que se pueden hacer de dichas entidades. Al contrastar algunos de estos puntos con el pensamiento de Polo, en algún momento no tendré otro remedio que juzgar la filosofía de Wittgenstein desde la perspectiva de Polo, quien, a diferencia de la idea que Wittgenstein tiene de su pensamiento, toma las tesis de Wittgenstein como propuestas filosóficas de corte clásico, es decir, necesitadas de definir la noción de “verdad” y “esencia” si se aspira a dar cuenta filosóficamente de la realidad. En cierta medida, esto sitúa a Wittgenstein frente a la necesidad de definir su modo de entender la filosofía en un sentido clásico, p. ej., traduciéndola a coordenadas aristotélicas, un modo de pensar por el que Wittgenstein no se sentiría ni atraído ni remotamente vinculado. Naturalmente, la intención de Polo es tratar de demostrar que lo está.

* * *

A lo largo de las etapas por las que transcurrió el pensamiento de Wittgenstein, hubo siempre cierta continuidad temática y metodológica. Se podría decir que su preocupación central fue casi siempre el lenguaje. Realmente, es difícil indicar qué movió a Wittgenstein en cada etapa de su filosofía. Se propuso como método explorar las posibilidades del lenguaje para revelar su relación con el mundo. En el *Tractatus Logico-Philosophicus*, la obra más importante de su primera época, indagó la forma de explicar la relación entre nuestras proposiciones, que son una expresión del pensamiento⁵⁹⁰, y los hechos. Para eso, Wittgenstein elaboró una cuidadosa teoría

590. Cfr. TLP 3.2. *The Blue and The Brown Books, Notebooks, Philosophical Investigations* y *On Certainty* se citarán por la ed. original de Blackwell. El *Tractatus Logico-Philosophicus* responde a la ed. de PEARS y MCGUINNESS, Routledge and Kegan Paul, London, 1961; *Wittgenstein's Lectures, Cambridge, 1930-1932*, a la edición de J. KIND y D. LEE, Rowman and Littlefield, Totowa, N.J., 1980; *Philosophical Grammar* responde a la de R. RHEES, University of California Press, Berkeley, 1974; *Wittgenstein and the Vienna Circle*, responde a la de B. MCGUINNESS, Blackwell, Oxford, 1979; la edición

del sentido que mostrara la imbricación entre lenguaje y mundo. Buscaba delimitar lo estrictamente pensable a partir de la clarificación del sentido de las proposiciones. La filosofía se concibió así inicialmente como el análisis lógico del lenguaje⁵⁹¹. Por medio del análisis de las reglas lógicas del pensamiento, es decir, mediante el análisis lógico-proposicional de nuestras proposiciones, se logran fijar las condiciones bajo las cuales una proposición resulta significativa o tiene sentido.

Wittgenstein cree que la totalidad de los pensamientos verdaderos es una *pintura* del mundo⁵⁹². Pienso que esta es una tesis que requeriría mayor justificación, ya que para afirmar esto, se necesita primero una teoría del conocimiento. En su ausencia, el *Tractatus* se centrará más bien en sus efectos que en sus causas, esto es, en precisar cómo están dados mundo y lenguaje para que esto sea así. Para averiguar de qué forma se relaciona cada proposición con el mundo, advirtió que cada proposición alberga internamente una *forma pictórica*, es decir, una estructura que se relaciona con el mundo al modo de una pintura⁵⁹³. La forma pictórica (*Form der Abbildung*) se define como la posibilidad de la estructura que une internamente a los elementos de una pintura⁵⁹⁴. La “pintura” es, naturalmente, una proposición que alcanza directamente la realidad⁵⁹⁵.

Podría decirse que el calificativo “pictórica” de la “forma” de la proposición tiene, por una parte —recurriendo a la terminología de Frege— un sentido parcialmente *significativo*; así, se habla de la “estructura de una pintura” como la “conexión de sus elementos”⁵⁹⁶ —lo que da a entender que tal conexión es ordenada—. Por otra, la forma adopta un sentido parcialmente *referencial*, en tanto que la estructura de la proposición se asemeja a la estructura de los hechos⁵⁹⁷.

en castellano de las “Notas sobre lógica”, están editadas en *Diario filosófico*, Ariel, Barcelona, 1982. Las abreviaturas que utilizaré son BB (*The Blue and The Brown Books*), NB (*Notebooks*), NL (*Notas sobre lógica*), PI (*Philosophical Investigations*), OC (*On Certainty*), PG (*Philosophical Grammar*), TLP (*Tractatus Logico-Philosophicus*), WL 32 (*Wittgenstein's Lectures, Cambridge, 1930-1932*) y WVC (*Wittgenstein and the Vienna Circle*).

591. Cfr. TLP 4.0031.

592. Cfr. TLP 3.01.

593. Cfr. TLP 2.151.

594. Cfr. TLP 2.15.

595. Cfr. TLP 2.1511.

596. Cfr. TLP 2.15.

597. También podría hacerse esta distinción en otros términos, tales como “fitting” y “tracking theories” (cfr. D. SUMMERFIELD, “Fitting versus Tracking: Wittgenstein on

La identidad entre una pintura y lo que representa entraña la isomorfía entre la forma pictórica de la proposición y los hechos. La estructura de la proposición, el modo en que los elementos de la proposición se relacionan, es en sí un hecho⁵⁹⁸. Una proposición con sentido está constituida de tal modo que es armónica con los hechos; su estructura misma es un hecho, lo que se explica gracias a una incuestionable “armonía natural” entre lenguaje y realidad. Esta es una característica esencial del pensamiento del primer Wittgenstein —y de otra manera en el segundo—, por la que la investigación emprendida resulta tener sentido⁵⁹⁹. La filosofía no aspira a revelar cómo es el mundo, a dar descripciones de su naturaleza y a establecer principios; el mundo en cuanto tal —según Wittgenstein— se ha ocupado de ello por cuanto es armónico con los hechos, y no tendría sentido tratar de reproducirlo. La tarea de la filosofía es hacer “crítica del lenguaje”⁶⁰⁰. En sí, no consiste en un cuerpo de doctrinas traducible en enunciados, sino en una actividad: la actividad de clarificación de nuestras proposiciones⁶⁰¹. Por ser una actividad, no una teoría, las condiciones de sentido en rigor *no se pueden decir*. Lo que el lenguaje expresa son proposiciones de carácter no-filosófico cuyo sentido se puede analizar.

El sentido de cada proposición está dado *a priori*, mucho antes de la propia experiencia, o en terminología no-wittgensteiniana, antes de la misma constitución del mundo. Este punto de vista ilumina no pocos aspectos del pensamiento de su primera época. El apriorismo del sentido en el *Tractatus* no se cifra en la existencia de un pseudo-mundo platónico donde el sentido esté dado ya. Éste se refiere más bien al hecho de que las condiciones de verdad de las proposiciones no están obligadas a responder a la particularidad de los estados de cosas; para él, la lógica se ocupa simplemente del sentido de las proposiciones. Ésta no asegura la existencia del estado de cosas descrito por una proposición, lo que puede garantizar en todo caso es el análisis de su forma lógica⁶⁰². Por eso, más que constituir un hecho más, el sentido de las

Representation” en H. SLUGA, *Cambridge Companion to Wittgenstein*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 118-119).

598. Cfr. TLP 2.141 y 2.16.

599. Cfr. P. M. S. HACKER, *Insight and Illusion*, Clarendon Press, Oxford, 1986, 61; P. CARRUTHERS, *The Metaphysics of the Tractatus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, 26 ss.

600. Cfr. TLP 4.0031.

601. Cfr. TLP 4.112.

602. “Whether a sentence has meaning or not is a matter of logic. Whether a particular thing exists or not is a matter of experience” (A. KENNY, *Wittgenstein*, 78).

proposiciones es semejante a una posibilidad, es decir, a algo que puede ser verdadero o falso.

Para Wittgenstein, la posibilidad o imposibilidad de una situación no viene expresada por una proposición en sí, sino por el hecho de que resulte significativa⁶⁰³. La significatividad de una proposición, sin embargo, es bipolar: está vinculada a su poder ser verdadera o falsa⁶⁰⁴. Por “significatividad” me estoy refiriendo aquí a las condiciones que hacen posible el sentido de una proposición, o lo que es lo mismo, qué hace que una proposición se pueda comprender. Por eso, Anscombe hace notar que en el *Tractatus* la posibilidad de una situación está directamente vinculada a los términos mismos de la teoría pictórica⁶⁰⁵. La posibilidad contenida en cada proposición es entendible, de este modo, como el estado de cosas que se corresponde con la forma proposicional.

El problema es que la posibilidad lógica de *p*, o sea, su significatividad, es una de esas cosas que no son decibles, sino únicamente “mostrables”. A expensas de la proposición, su significatividad “se constituye como algo previo y distinto de su verdad”⁶⁰⁶ o como una sombra de lo real⁶⁰⁷. Esta descripción, que ha de reconciliarse con la idea de que la significatividad sólo es mostrable, complica la interpretación de esa “sombra” a la que Wittgenstein se refirió. Uno puede pensar que se trata de la proyección de las palabras sobre los objetos en la forma de una representación, pero si es así, tal representación sería más similar a un boceto que a una fotografía, pues el boceto no aspira a mostrar la realidad tal como es.

Dejada esta dificultad al margen, el *Tractatus* admitió la necesidad y el sentido de las proposiciones científicas y las expresiones ordinarias del lenguaje, y rechazó que las proposiciones filosóficas tengan sentido. Wittgenstein piensa que el fin de la filosofía no es hablar acerca de las cosas. Si la filosofía hablara de las cosas con la intención de indagar en su naturaleza, al decir p. ej.: “Sócrates es un hombre”, el sentido de lo dicho no podría ser ni verdadero ni falso, ya que sencillamente, lo dicho carecería de sentido. En cambio, para el hablante común la proposición “Sócrates es un hombre” es

603. Cfr. TLP 5.525 y la exégesis de este párrafo de G. E. M. ANSCOMBE, *An Introduction to Wittgenstein's Tractatus*, Thoemmes Press, Bristol, 1996, 81.

604. “Every proposition is essentially true-false” (NB 94).

605. “Possibility in a state of affairs is not as said at 5.525 to be expressed not in a proposition (‘p is possible’ is not a picture of a state of affairs) but in an expression’s being a significant proposition” (G. E. M. ANSCOMBE, 81).

606. Cfr. J. V. ARREGUI, «Ética, lógica y filosofía de la psicología en el *Tractatus*», en *Anuario Filosófico* XXXVIII/2 (1995), 250.

607. Cfr. NL, 167.

significativa⁶⁰⁸. Así, no es que los enunciados de la filosofía tradicional sean falsos, sino que quedan más allá de lo que puede llegar a serlo por cuanto carecen de toda forma pictórica, y por tanto, no tienen referencia. En rigor, cualquier enunciado filosófico que se postule como una tesis acerca del mundo podría contradecirse de inmediato⁶⁰⁹. De hecho, Wittgenstein aplicó esta tesis a su misma teoría, afirmando que cualquiera le que le haya entendido captará el sinsentido de las proposiciones del *Tractatus*⁶¹⁰. A esto se debe de añadir, sin embargo, que el *sinsentido* de una proposición en ocasiones puede ser iluminativo, como p. ej., para someter el lenguaje al análisis lógico⁶¹¹.

Como efecto indirecto, los valores éticos y los propiamente humanos, por los que Wittgenstein siente una especial preocupación desde la composición misma del *Tractatus*, quedan relegados a lo “inexpresable”, es decir, a la categoría de lo que no se puede decir sino mostrar. Después de decir, desde la perspectiva del análisis lógico, cómo debe ser la filosofía, el espacio para la ética se ha cerrado de súbito. “Por supuesto, ya no quedan preguntas, y ésta es precisamente la respuesta”⁶¹², añade Wittgenstein. Tras haber despojado a la filosofía de sentido, el filósofo no está en condiciones de decir qué es la ética, puesto que su análisis mismo se ha despojado de todo valor. A partir de ahí, en ocasiones se ha subrayado la afirmación de Wittgenstein de que la solución a los problemas éticos y humanos pasa paradójicamente por su “disolución”, un concepto al que Wittgenstein recurrió en ocasiones. Sin embargo, esto no significa que, en la práctica, dicha “disolución” supusiera para él una *solución de facto* a los problemas éticos y morales. Con lo mantenido hasta ahora Wittgenstein no da por cerrada la discusión ética, sino que, al imposibilitar el modo como podría hablarse de ética, más bien, da la discusión por agotada. No ha negado su existencia de esa discusión ni de lo que uno podría llamar “asuntos éticos”; de hecho, en una carta al editor del *Tractatus* admite que le hubiera gustado tratar de la ética⁶¹³, pero entiende que ésta está delimitada por

608. Cfr. NB 69; TLP 5.5563.

609. “If it has sense to say ‘p’ it has also sense to say ‘no p’. If you say “the electric lights are burning” when they are not, what you say is wrong but it has meaning” (WL32, 22) (cfr. J. W. COOK, *Wittgenstein’s Metaphysics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, 46).

610. Cfr. TLP 6.54.

611. Este parece ser el sinsentido de las proposiciones del *Tractatus*. “Illuminating nonsense will guide the attentive reader to apprehend what is shown by other propositions which do not purport to be philosophical; moreover, it will illuminate (...) its own illegitimacy” (cfr. P. M. S. HACKER, 18-19).

612. TLP 6.52.

613. Cfr. *ProtoTractatus. An Early Version of Tractatus Logico-Philosophicus*, B.F. McGuinness et al. (eds.), Cornell University Press, Ithaca, 1971, 16.

el análisis lógico de las proposiciones, y que, en consecuencia, debe correr la misma suerte que la filosofía. Al menos, el ético puede consolarse con la idea de que la ética está precontenida en el análisis del sentido, lo cual ofrece la ventaja de situarse fuera del ámbito de la ciencia natural⁶¹⁴. El problema que, naturalmente, persiste es que las formulaciones éticas no son decidibles desde el análisis proposicional, y que, en lo sucesivo, la ética únicamente se pueda entender como una actividad o una práctica. En qué consiste esa práctica o cómo llevarla a cabo, constituye en último término un enigma.

2. De la teoría de la forma pictórica a los juegos de lenguaje. La pragmática lingüística y el camino hacia un lenguaje trascendental

En su primera época, Wittgenstein considera el lenguaje como el lugar en el que la lógica queda reflejada: mantiene que la proposición es una pintura (lógica) del mundo. Pero para que esto sea posible, la proposición deberá tener algo de común con la realidad⁶¹⁵. Esa parcela común viene expresada por la “isomorfía” de lenguaje y mundo a la que ya se ha aludido. Correctamente entendida, significa que lenguaje y mundo comparten una misma forma. Propiamente hablando, el hablante no es consciente de la isomorfía: éste capta el sentido de una proposición, pero no su referencia; comprende las proposiciones, pero no sabe la razón por la que significan. Wittgenstein señala claramente que “lo que una pintura representa es su sentido”⁶¹⁶. Lo que Frege entendería por “referencia”, aplicado a este caso, estaría internamente contenida en el sentido. Así, captar el sentido de una proposición es conocer las circunstancias en que dicha proposición sería verdadera.

Aunque el sentido de una proposición está vinculado a su posibilidad de ser verdadera o falsa, también hay que tener presente que, según el *Tractatus* se puede entender una proposición sin saber si es verdadera⁶¹⁷. Ahora bien, no por esto se justifica creer que el hablante no sabe que el mundo y la forma lógica de la proposición son diferentes; no creo que el desconocimiento de la isomorfía deba interpretarse así. De no ser así, o una proposición sería siempre cierta, o el proceso de verificación sería trivial; si éste es un procedimiento

614. Cfr. TLP 4.111, donde Wittgenstein no cita a la ética, sino a la filosofía. En el rechazo del método científico para abordar los problemas humanos, Wittgenstein concuerda con L. Polo: “no sería acertado encomendar a la ciencia la solución de los problemas humanos de mayor alcance”, *Nominalismo*, 11.

615. Cfr. TLP 2.16-2.161.

616. TLP 2.221; NB 14.

617. Cfr. TLP 4.024; 2.22.

asequible a todo hablante, que p sea o no falsa no es irrelevante para lo que p afirma. En la práctica, todo el que habla un lenguaje es internamente consciente de que lo que dice puede o no ser el caso, es decir, de que hay posibilidad que su proposición sea falsa. Pues bien, cuando un hablante se equivoca, la falsedad de la proposición, una vez conocida, le muestra que “lo que es el caso” y “lo que piensa” divergen.

La divergencia entre la proposición y el estado de cosas induce a pensar al hablante que la creencia de que p y p no coinciden necesariamente. Por eso, de lo que un hablante no es consciente propiamente hablando, es de la isomorfía lingüística, esto es, de cómo se hace la proyección y por qué significan sus palabras⁶¹⁸. Para Wittgenstein, la forma lógica del pensamiento está expresada en la proposición, pero sabiendo que ésta no se “verbaliza” como tal. La forma lógica del enunciado “tres tigres están tristes” no “se dice”, ni está en cada palabra como signo (su “*token-identity*”), sino en la correlación interna de sus partes, que están —como se ha dicho ya— ordenados en una disposición similar a la de los hechos⁶¹⁹.

Así, una pintura lógica no es tanto una *pintura pictórica*, es decir, un cuadro que copia escrupulosamente estados de cosas, como una *pintura formal*. Explicaré a continuación lo que quiero decir. Alguien se puede plantear la duda de si la forma pictórica de la proposición necesita a su vez de una representación similar a la que se ha descrito, es decir, si la forma pictórica es representable en sí misma. La pretensión parece legítima si se aspira a clarificar el sentido con que se emplean los términos, en este caso, el sentido del término “representación” cuando se dice que una proposición *representa* un estado de cosas⁶²⁰.

Pero ¿cómo representar la representación?, o ¿cómo proyectar el método de proyección? La pregunta es ciertamente compleja. La voy a abordar así: si alguien entiende que la forma pictórica es como un cuadro que representa objetos uno a uno, tratando de encontrar la correspondencia entre partes de lo representado y partes de la forma, concebirá ciertamente el lado *figurativo* del lenguaje. Era lo que, según tuvo noticia Wittgenstein, se hacía en los juzgados de París para ilustrar los juicios. Con la ayuda de figuras de cera, se representaba la escena de lo sucedido para facilitar el esclarecimiento de los hechos. En la maqueta, cada figura *estaba por* individuos u objetos concretos; pues bien, a esto me refiero al hablar de la “dimensión figurativa” del lenguaje. Además de ésta, la proposición tiene una dimensión *formal*, según la

618. Cfr. TLP 4.002.

619. Cfr. TLP 2.15, 2.0141.

620. Cfr. TLP 2.201.

cual cada pintura lógica encierra no sólo el estado de cosas actuales, sino el estado de cosas no–presentes: su proyección en el espacio lógico. Así, la proposición “el gato está sobre el arcón” no sólo ha de tomarse como verdadera en un estado de cosas actual en virtud del cual hay un gato que está sobre un arcón, sino también en un número indefinido de casos posibles en los que la proposición fue o podría ser verdadera. En ese contexto, la *forma* de los hechos describe cómo *se conciben*, o bien, cómo se piensan. Lo he señalado ya al afirmar que los hechos se conocen *a priori*, no experiencialmente⁶²¹.

Sin embargo, qué es la representación al margen de lo que representa, o cuál es esa dimensión formal de la forma pictórica a la que acabo de referirme, no lo sabemos. Evidentemente, conocemos sus efectos en la teoría de la proposición, pero cualquier cosa que esto sea, dice Wittgenstein, no se puede pensar, ya que ninguna pintura se puede colocar a sí a misma más allá de su forma representacional⁶²², lo que significa que la representación no es representable por sí misma.

Podría decirse mucho más acerca de los fundamentos de la isomorfía en el *Tractatus*. Pero esta visión del lenguaje, sin embargo, comenzó a resquebrajarse hacia 1930, cuando Wittgenstein avistó las limitaciones del método del análisis lógico. Hacia esa época comenzó a pensar que era un error creer que sólo el análisis lógico podía determinar el sentido de una proposición. Anteriormente, había pensado que las proposiciones elementales eran el resultado del análisis de las proposiciones ordinarias⁶²³. Las proposiciones elementales se componen a su vez de una concatenación de nombres⁶²⁴. Pero este esquema, significaba en el fondo que con independencia de la particularidad del idioma en que una proposición se profería, proposiciones distintas para expresar la misma idea tenían por necesidad formas lógicas distintas, lo cual no dejaba de resultar paradójico en un contexto en el que las formas lógicas se decían *formales*, y por tanto, supuestamente se situaban más allá de la materialidad de esta o aquella expresión. Wittgenstein había señalado p. ej. en el *Tractatus*, que al traducir de un lenguaje a otro, uno no necesita traducir una proposición de un lenguaje a otra de otro, sino que bastaba con “traducir” los constituyentes mismos de cada proposición⁶²⁵.

Pero esto parecía un imposible. Si las formas lógicas eran verdaderamente *formales*, ¿por qué pensar que las proposiciones ordinarias eran indi-

621. Cfr. TLP 6.33, 2.0123 (cfr. J. W. COOK, 50).

622. Cfr. TLP 2.174.

623. Cfr. TLP 4.221.

624. Cfr. TLP 4.21-4.23.

625. Cfr. TLP 4.025.

sociables de las proposiciones elementales, que están vinculadas a nombres? Este es un primer problema, relativo a la conexión de las proposiciones elementales y las proposiciones ordinarias. Pero la proposición elemental también parecía problemática. Wittgenstein había señalado que la naturaleza de un signo proposicional se clarifica si lo imaginamos compuesto de objetos tridimensionales como mesas, sillas y libros⁶²⁶, lo que cuadra con su afirmación de que la estructura de la proposición es similar a la de los hechos⁶²⁷. Naturalmente, las “mesas”, “sillas” y “libros” que debemos imaginar son nombres debidamente dispuestos en la proposición. En el *Tractatus*, se explica que una proposición con el signo “aRb” señala que *a* tiene o está en una relación R con *b*, tal como “*a* está a la derecha de *b*”. Wittgenstein nos invita a ver la representatividad de “aRb” así, como una relación añadida a los nombres. Sin embargo, Anscombe observó que la mera suposición de que ciertas letras están por nombres y ciertas otras por funciones —que quizá es suficiente para su formalización—, tal vez no lo fuera para hacer de ésta una pintura lógica de la realidad, ya que mientras que las figuras del *tableau vivant* de París representan los objetos tridimensionalmente, una proposición en la que se afirma p. ej., que un determinado sujeto lleva un abrigo rojo, la palabra “rojo”, a diferencia de una figura tridimensional, no está impresa en ese color para mostrarlo⁶²⁸, igual que la palabra “tres” en “tres tigres están tristes” no se compone de tres letras, lo que parece mostrar que por mucho que una proposición esté compuesta de signos, ésta no significa de la misma manera que las figuras del *tableau vivant*. En definitiva, la suposición de que los signos proposicionales se clarifican por sí mismos si se imaginan como objetos tridimensionales es cuestionable⁶²⁹.

Habría mucho que decir a propósito de esto. En lo que a esta discusión respecta, dificultades como éstas llevaron a Wittgenstein a pensar que tal vez las proposiciones ordinarias no recibían toda su significación de las proposiciones elementales. Por ahora, estaba claro que el análisis lógico de las proposiciones era insuficiente para la clarificación de su sentido, y estaba por ver si conducía también a la clarificación del sentido en una medida que sorprendiera al propio hablante. Si, como había pensado antes, sólo el análisis lógico bastaba para desentrañar el sentido de una oración, Wittgenstein consideró que una proposición tal como “hoy el cielo está más despejado que ayer”, puesta en boca de cualquier hablante, requería la intervención de un

626. Cfr. TLP 3.1431.

627. Cfr. TLP 2.15, 2.0141.

628. Cfr. G. E. M. ANSCOMBE, 100-101.

629. Pitcher aborda de forma similar este problema (cfr. G. PITCHER, *The Philosophy of Wittgenstein*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1964, 96 ss.).

lógico para ser comprendida. Por extraño que esto resultase, esta tesis significaba que sólo un lógico podía revelar lo que cualquier hablante quiere decir realmente cuando habla⁶³⁰.

Wittgenstein concluyó que, en esencia, la forma pictórica era irrelevante para la determinación del sentido de una oración⁶³¹. Más bien, es el *uso* que ésta tiene, unido a un contexto y unas circunstancias concretas, lo que la hace significativa⁶³². A esto obedece la posterior teoría de los “juegos de lenguaje” en los que, dada una oración, Wittgenstein entiende que cada palabra refiere o está no precisamente por un objeto específico, sino por una actividad asociada con dicha palabra que puede o no involucrar al objeto que designa⁶³³. De ese modo cambia completamente el modo en que las proposiciones representan. Los juegos son los contextos prácticos y vitales en los que un hablante se expresa siguiendo unas reglas públicamente reconocibles. Esas reglas están hechas de numerosos implícitos conocidos por el interlocutor y el hablante que sería absurdo enumerar. Pero su efecto es claro: las palabras del hablante son instantáneamente entendidas; y eso, a pesar de que su significación rebasa los límites del objeto designado. En el contexto de la construcción de un edificio, p. ej., la palabra “losa” dicha por un albañil puede no significar lo que un hablante común entendería en otras circunstancias. En ese contexto, “losa” podría querer decir “acércame una losa, por favor” o “¡que traigan una losa!”. Si significa una cosa u otra es bastante claro al interlocutor y al hablante, pues depende de una jerga que, en su contexto, les es familiar. En cambio, si el sentido de la palabra se toma literalmente como lo que dicta un diccionario, el contexto en el que se ha proferido desaparece, y si lo dicho tenía la forma de una orden, como es natural, ésta deja inmediatamente de serlo.

El conocimiento del nombre de una pieza de ajedrez (“el rey”) es de escaso valor para un interlocutor si éste desconoce las reglas de ese juego, y desde luego, la proposición “éste es el rey” significa cosas muy distintas para el que sabe y el que no sabe jugar al ajedrez, es decir, para quien conoce o no sus reglas⁶³⁴. Como en el caso del ajedrez, el sentido de una palabra se transforma y varía al modificarse con él su contexto⁶³⁵. El desarrollo de esta idea marca el paso del análisis del sentido a la pragmática del lenguaje en

630. Cfr. WVC, 129-130.

631. Cfr. PG, 212.

632. Cfr. BB 4-5; PI § 43.

633. Cfr. PI § 563.

634. Cfr. PI § 31.

635. “The question ‘What is a word really?’ is analogous to ‘What is a piece of chess?’ (PI § 108).

Wittgenstein, la nueva manera de hacer filosofía que mantendrá hasta el final de sus días. Al dar al traste con el análisis lógico, el nuevo método rechaza el predominio de cualquier lógica sobre la práctica del lenguaje ordinario. Para Wittgenstein, la práctica ordinaria debe sustituir a la lógica en la clarificación del sentido. En este movimiento en el que, momentáneamente, se logra superar el logicismo⁶³⁶, Leonardo Polo aprecia una renuncia no justificada a la noción de verdad⁶³⁷. Polo observa que la aplicación del esquema de los juegos de lenguaje a la metafísica horada ante todo la unidad de la verdad y el ser, que es la piedra miliar del realismo. Es verdad que Wittgenstein nunca se consideró un pragmatista, pero en la perspectiva de Polo, si se hace una tesis filosófica de la teoría de los juegos de lenguaje, la verdad se reduce a *praxis*.

Wittgenstein no llegó a la pragmática por azar, sino como consecuencia de un largo proceso. El primer Wittgenstein quiso salvaguardar la noción de verdad, teniéndola por significativa en el contexto de la verificación. El segundo, según Polo, se deshace del estudio de la lógica para abarcar la variedad de formas del lenguaje. Naturalmente, los juegos de lenguaje no suponen una renuncia abierta a la noción de verdad, que soporta la admisión de una realidad ulterior. No obstante, en la teoría de juegos, el análisis de nuestras expresiones sustituye a los efectos a la pregunta por la verdad, es decir, a lo que Polo, con muchos pensadores clásicos, tiene por primigenio en el orden de las cosas reales. La lógica, o, en el segundo Wittgenstein, el análisis de formas de vida, viene a tener una importancia secundaria comparada con la aspiración metafísica de la tradición clásica. Es patente que Polo parte de una tradición filosófica muy distinta a la de Wittgenstein. No obstante, al proponer el examen de la práctica lingüística como método, Polo se ve capaz de advertirle que el lenguaje se convierte de hecho en un trascendental en el sentido en que los clásicos entendieron la noción de “trascendental”. Si en Wittgenstein, el análisis del lenguaje ordinario se posiciona como anterior y más relevante que la teoría filosófica, en la práctica, ésta se reduce a un instrumento de pulir, fijar y precisar el alcance de nuestras palabras.

636. “Logicismo” es, literalmente, en intento de derivación de la matemática de la lógica. Polo usa esta noción en un sentido completamente distinto. El “logicismo” puede describirse, en una versión minimalista, como la suposición de que la lógica y la realidad son órdenes superpuestos. Una y otra no se corresponden necesariamente, sino que son independientes; su compatibilidad obedece más bien una cuestión de experiencia: “in a proposition a situation is, as it were, constructed by way of experiment” (TLP 4.031). La proposición tiene así la misma entidad que los estados de cosas externos: “a picture is a fact” (TLP 2.141). Polo ve el logicismo como un intento de suplantar la teoría del conocimiento por la lógica. La referencia real de lo pensado a lo real en el logicismo no es relevante (*Curso de teoría*, I, Pamplona, Eunsa, 2ª ed., 1987, 113).

637. “La interpretación pragmática del lenguaje se repite en Ockham y en Wittgenstein”, *Curso de teoría*, III, 2ª ed., 1999, 14.

La asimilación de la filosofía a una terapéutica del lenguaje⁶³⁸ es para Polo el *quid* del pragmatismo wittgensteiniano. Naturalmente, Polo reconoce la matriz pragmática del lenguaje. “El lenguaje es del orden de la *poíesis*. De manera que sin una voluntad de comunicación no hay lenguaje. El lenguaje es un descenso del conocimiento hacia la práctica. Y en este sentido es instrumental”⁶³⁹. Admite que el lenguaje exhibe una vertiente orientada hacia lo social y lo comunicativo que nos pone en relación con otros individuos. La mera suposición de un lenguaje de carácter privado que ignorase esta dimensión —un lenguaje útil sólo para la persona que lo conoce y lo domina— sería inconcebible para Wittgenstein. Según él, en una especie de lenguaje privado, donde el hablante decidiría qué quiere decir en cada momento con sus palabras, la significación de lo dicho no podría responder a criterios públicos y reconocibles⁶⁴⁰. La vertiente práctica del lenguaje, por tanto, no conlleva ni es equivalente a su arbitrariedad, algo en lo que actualmente muchos autores coinciden. Pero para Polo, además, el lenguaje es un instrumento al servicio del conocimiento. Si se desvincula de su valor cognoscitivo, en lugar de servir al propósito de conocer y comunicar, se convertiría en un fin en sí mismo, obstaculizando toda comprensión⁶⁴¹.

La crítica central de Polo no concierne al valor pragmático del lenguaje, sino a su desconexión con la verdad. En rigor, si el lenguaje se toma como principal, en el sentido en que eran “principales” los principios primeros de Aristóteles, se hace de éste un trascendental que entra a formar parte de los trascendentales en sustitución de la verdad. Polo observa en el conjunto de la filosofía analítica del lenguaje “el intento de encontrar un nuevo trascendental que prime sobre la verdad”⁶⁴². Entiende que el lenguaje, al igual que la verdad, es intencional, es decir, correctamente empleado, exhibe la verdad de un pensamiento. Pero la intencionalidad del lenguaje se basa en el conocimiento,

638. Cfr. BB, 27; PI § 90 y 109 (cfr. P. M. S. HACKER, 154).

639. L. POLO, “Ser y comunicación”, en J. YARCE, *Filosofía de la comunicación*, Pamplona, Eunsa, 1986, 71.

640. Cfr. PI § 243.

641. Ahora bien, justamente por lo que tiene de herramienta del saber, Polo considera dudoso que el lenguaje pueda constituir en sí un punto de partida necesariamente teórico, pues su propósito instrumental no es principal. “Wittgenstein propone la cura lingüística de la filosofía. Me parece que hay que proceder al revés”, *Curso de teoría*, III, 2ª ed., Pamplona, Eunsa, 1998, 15.

642. L. POLO, “Ser y comunicación”, en J. YARCE, *Filosofía de la comunicación*, Pamplona, Eunsa, 1986, 64.

que es anterior y más relevante; de ahí que Polo le atribuya una intencionalidad derivada, de corto alcance⁶⁴³.

El análisis del lenguaje es así fructífero si facilita la aclaración de la verdad. Pero si se parte de que, en lugar de mostrar estados de cosas, es un instrumento que ilumina sólo los actos ilocutivos, o sea, el sentido de nuestras proposiciones, según Polo, al perder el contacto con la realidad el lenguaje se convierte en una ficción. En esa situación, en la que el lenguaje no tiene que dar cuenta de la verdad, será posible generar tantos lenguajes como reglas se definan para él⁶⁴⁴. La *cura lingüística* de la filosofía tiene un efecto perverso, pues multiplica y dispersa a la vez las reglas de la significación. Desde este punto de vista, la primacía del contexto sobre la forma proposicional puede entenderse como una multiplicación de las condiciones que hacen a una proposición significativa. Lo que hace así que la palabra “losa” sea entendida como una petición o una orden, no es otra cosa que las circunstancias de la dicción, algo que es pragmáticamente reconocible. Ciertamente, la práctica lingüística ayuda a iluminar mejor esas circunstancias; el individuo que conoce el contexto aprenderá pragmáticamente a manejarse⁶⁴⁵.

En la teoría de juegos de lenguaje, el conocimiento de las reglas de cada juego prima por encima de cualquier otra lógica —también sobre la realista, que sitúa la proposición al servicio de la verdad—. Si este análisis pudiera aplicarse a la filosofía analítica, según Polo el pensamiento analítico habría cerrado su única vía de escape. Ésta pasa por saber qué es lenguaje y en qué consiste su significación. Para eludir esta situación, Polo propone invertir el sentido de la intencionalidad lingüística. Su tesis es que el lenguaje no es exclusivamente intencional *ad intra*, como supone la filosofía del lenguaje al concebirlo como herramienta de clarificación de los actos ilocutivos, sino *ad extra*, es decir, una intencionalidad hacia los seres reales. La exploración del

643. “La intencionalidad lingüística es muy corta”, *El conocimiento racional de la realidad*, Curso de Doctorado, Pamplona, Universidad de Navarra, 1992, *pro manuscripto*, 32.

644. “Si consideramos lo intencional prescindiendo de la pregunta por su significado, ¿qué pasa con el fenómeno del sentido? (...). El uso del lenguaje son las reglas, y las reglas son *fictae*. Esto es Ockham” (L. POLO, *El conocimiento racional de la realidad*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, n° 169, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005, 70).

645. Pero si este esquema se traslada al plano teórico, la corrección lingüística o el conocimiento de qué tiene que ver “esta proposición” con “esta circunstancia” particular, se impone sobre otra de sus dimensiones: la verdad, o bien, la relación entre la proposición y el estado de cosas que hace que ésta tenga sentido. En el segundo Wittgenstein, la suposición de que cualquier proposición dada puede ser apropiada en el contexto de unas circunstancias quizá es adecuada en la práctica, pero pasa por alto el valor de verdad de las proposiciones no-pragmáticas.

alcance de la intencionalidad *ad intra* es oportuna siempre que se admita que el lenguaje no es la única intencionalidad posible y que, por consiguiente, el conocimiento y el ser son accesibles sin la mediación de proposiciones lingüísticas; el lenguaje no puede condicionar el conocimiento de la verdad. Esta es una tesis vigorosa que requeriría, sin duda, una mayor explicación. Baste con decir aquí que, para Polo, la significación de los conceptos “ser” y “verdad” —no sólo en sentido filosófico— son más ricos en de lo que manifiesta su uso en el lenguaje ordinario, por variado que éste sea.

La cuestión de qué es el lenguaje para Polo, en cambio, nos llevaría demasiado lejos; aquí sólo podré esbozarla brevemente. Para él, el “lenguaje” cognoscitivo no es el habla. Esta es una distinción fundamental de la que, según afirma, Wittgenstein parece haber sido consciente sin llegar a desarrollarla⁶⁴⁶. Para comprender el habla, es necesario entender primero los actos de la mente, los cuales son anteriores al lenguaje. Polo concibe el lenguaje como una derivación o *compensación* de hábitos cognoscitivos anteriores a él. El lenguaje no es el punto de partida del conocimiento, como es obvio. Hablar es posible porque tenemos una mente, pero la mente, al pensar, no opera en forma de “habla” *hacia fuera* o *hacia adentro*. En otras palabras, no puede decirse que la mente se entiende a sí misma con un lenguaje oculto o comprensible sólo “para sí”. Esta idea, que Wittgenstein comprendió con singular agudeza, todavía está en la mente de algunos filósofos contemporáneos partidarios de algo similar a un lenguaje interno del pensamiento⁶⁴⁷.

Saber hablar es un hábito: una destreza, y por tanto, algo distinto de un mero acto ilocutivo⁶⁴⁸. Según Polo, saber hablar es el hábito correspondiente a la abstracción que conoce la presencia mental como verbo. Con independencia de la familiaridad que se tenga con términos como el de “presencia mental”, que Polo emplea para designar la operación mental, el resultado es el conocimiento de la *verbalidad* de los conceptos. Cuando el hábito, como conocimiento o *conciencia* de las operaciones que es, conoce la presencia mental del abstracto, lo desvela como un verbo, del que son ejemplos “lluvia-llueve”, “blanco-blanquea”, “juego-juega” o “lengua-lengüea”⁶⁴⁹. La

646. “Wittgenstein se dio cuenta, o notó, que la intencionalidad del conocimiento no puede ser la del lenguaje. Si hay un lenguaje que conoce, no es el lenguaje hablado, sino el lenguaje silencioso”, *Curso de teoría*, I, Pamplona, Eunsa, 2ª ed., 1987, 131.

647. Cfr. E. J. LOWE, *An Introduction to the Philosophy of Mind*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, 164-167.

648. “El lenguaje es un saber habitual antes de ser ejercido, y no se ejerce como operación cognoscitiva. Hablar es *poiesis*, actividad transitiva”, *Curso de teoría*, III, Pamplona, Eunsa, 2ª ed., 1998, 21.

649. *Ibid.*, 14.

“lluvia” conocida como un abstracto por el hábito correspondiente, se desdobra en la actividad que es propia de ella, esto es, “llover”. El hábito que conoce la “lluvia” se percata de que ésta se cifra y consiste en “llover”: por eso, la mejor expresión de lo conocido es el compuesto “lluvia-llueve”, no como un concepto, sino como su condición de posibilidad.

La lluvia no es lluvia si no llueve a lo largo de un tiempo, es decir, bajo unas determinadas condiciones contenidas en el objeto abstraído de la sensibilidad. “Lluvia” y “llover” se conocen como una unidad cuya desintegración no es propia del conocimiento, sino del lenguaje. Después de conocer la unidad semántica de la “lluvia” con el “llover”, lo conocido por el hábito es expresable en un lenguaje. Con el lenguaje, entra en escena una clase de compensación que toma la forma de una operación distinta. Esta compensación es fruto de un hábito adquirido anteriormente. Polo señala que las operaciones mentales que conocen ese hábito se alejan así de la estructura original del abstracto “ente-es”⁶⁵⁰ y logran separar lo conocido en la abstracción en la forma que adquieren normalmente las proposiciones. Naturalmente, el hábito mismo no es lingüístico; Polo se ha referido a él como el “saber hablar”, no como el habla. En una oración gramatical, decir “lluvia-llueve” no tiene sentido; éste es simplemente el *tema*, el equivalente al objeto de un hábito. Parece que tiene mayor sentido, y es lo que hace la mente, advertir la unidad semántica y de contenido del tema que ocuparse en descomponerlo. En suma, para Polo, el lenguaje es una operación de la mente que sigue a un hábito de la razón y debe su existencia a la posibilidad de *manifestar* la abstracción⁶⁵¹.

3. La descomposición atómica de la realidad y su relación con el singular

Examinaremos ahora la metafísica del primer Wittgenstein. “Todo el sentido de este libro” escribió Wittgenstein en el prefacio del *Tractatus*, “podría resumirse en las siguientes palabras: lo que se puede decir puede ser dicho con toda claridad, y de lo que no se puede hablar mejor es callarse”⁶⁵². Si el propósito de este libro es sentar el límite de lo pensable a través del análisis del lenguaje, según eso lo natural es pensar que no hubo en esa obra

650. “El lenguaje expresa verbalmente lo que manifestativamente es sabido como presencia articulante”, *Ibid.*, 14.

651. Polo piensa que Wittgenstein advirtió la existencia de este hábito (cfr. OC § 412). Parece que Wittgenstein fue consciente de que la expresión “mi mano” no es una fórmula resumida de la proposición “esta es mi mano”, lo cual es suficiente para advertirlo (cfr. “Lo intelectual y lo inteligible”, en *Anuario Filosófico* 15/2 (1982), nt. 15).

652. TLP, *prefacio*.

una suerte de metafísica, ni una pretensión de hacerla. Los hechos existen al margen de las proposiciones, aunque a esto se opone la idea de que a los efectos, la lógica es indisociable del mundo de los hechos⁶⁵³. Con el análisis de las formas lógicas, el mundo como conjunto de hechos queda reflejado en la lógica; tal y como se dice en el *Tractatus*, “la totalidad de las ideas verdaderas es una pintura del mundo”⁶⁵⁴.

Wittgenstein nunca habría admitido la acusación de que su pensamiento oculta una doctrina metafísica, o una especie de *metafísica del lenguaje*⁶⁵⁵. En obras sucesivas empleará el término “metafísica” para referirse a la presunción y perplejidad de los filósofos empeñados en establecer principios sobre la naturaleza de las cosas sin medir el alcance de sus palabras —es decir, sin conocer realmente su referencia—. No obstante, Polo asume que hay una “metafísica” del *Tractatus*, es decir, una pretensión de dar cuenta de la lógica en términos filosóficos, lo que para él la cualifica como una teoría metafísica de la realidad en sentido aristotélico. Bajo ese prisma, el *Tractatus* contiene tesis metafísicas de influencia positivista. Así, p. ej. la creencia de que la realidad empírica está limitada por la totalidad de los objetos⁶⁵⁶ es una proposición “metafísica” u ontológica, puesto que da cuenta de la existencia de ciertas entidades que son la sustancia y la forma de todo mundo posible⁶⁵⁷. Sin duda, se podría objetar que al decir esto Wittgenstein no tiene pretensión de hacer metafísica; tal vez, piensa Polo, pero entonces, ¿al hablar del “mundo” y de su “sustancia”, de qué clase de realidad se está hablando?, y ¿por qué tendemos a interpretar su pensamiento, después de todo, como una teoría que porfía con argumentos por decir qué son las cosas?⁶⁵⁸

Aunque la existencia de los objetos venga demandada por el lenguaje⁶⁵⁹, la teoría de los objetos del *Tractatus* no es simplemente una teoría de lógica formal. Es una doctrina metafísica con muchas peculiaridades. En el *Tractatus*, los objetos son entidades simples⁶⁶⁰, inalterables y subsistentes⁶⁶¹; se les

653. “The facts in logical space are the world” (TLP 1.13).

654. TLP 3.01.

655. Por el contrario, entendió que había que volver al sentido que los términos metafísicos tienen en el lenguaje ordinario (PI § 116).

656. Cfr. TLP 5.5561.

657. Cfr. TLP 2.022-2.023.

658. El intento de definir los objetos sitúa a Wittgenstein frente al reto de otros pensadores clásicos (cfr. G. PITCHER, *The Philosophy of Wittgenstein*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1964, 42).

659. Cfr. TLP 2.021; 2.0211 (cfr. G. E. M. ANSCOMBE, 29).

660. Cfr. TLP 2.02.

661. Cfr. TLP 2.027.

llama la sustancia del mundo⁶⁶². A ellos podría aplicárseles lo que Aristóteles afirma acerca del sujeto, el cual, dada su primacía compartida con la sustancia no se predica de nada⁶⁶³. Los objetos wittgensteinianos, sin embargo, no son sustancias aristotélicas, ya que no tienen propiedades reales; así, cuando se dice que P es una propiedad de x, para Wittgenstein, esto no es la descripción de un objeto; sencillamente, los objetos no son entidades de esa clase por útil que sea la adscripción de propiedades⁶⁶⁴.

La teoría de los objetos se entiende mejor a la luz de los *sense-data* de Russell, quien concibió las impresiones sensibles como objetos de los cuales somos inmediatamente conscientes, que se conocen tal como aparecen y tienen carácter físico⁶⁶⁵. Para Russell los *sense-data* no eran los objetos reales sino más bien, las diminutas porciones de materia en fluctuación que llegan a los sentidos. La teoría quería dar cuenta de cómo se conoce sensiblemente, y para ello se subrayaba la intermediación de lo sensible en nuestro modo de percibir. Pero al aceptar la presencia física de *sense-data* en los órganos, tarde o temprano la teoría había de enfrentar la pregunta de si lo llegado a la sensibilidad daba a conocer entidades extramentales o sólo eran impresiones. Consciente de ese dilema, Wittgenstein se atuvo a que los objetos no son propiedades ni portadores de propiedades⁶⁶⁶. Al decir esto está pensando, naturalmente, en cómo se caracterizan los fenómenos de la sensibilidad.

Hay constancia de que en alguna ocasión, Wittgenstein había explicado los objetos del *Tractatus* como “los elementos de nuestra experiencia”⁶⁶⁷. En los *Notebooks*, los ejemplos más claros que se aducen de este tipo de objetos son los puntos en el espacio visual⁶⁶⁸. Su relación con la visión da a entender así que hay un espacio para concebir los objetos como fenómenos de expe-

662. Cfr. TLP 2.021 y 2.024.

663. Cfr. *Metafísica*, Z 3, 1028b 36-37 (tr. de V. GARCÍA YEBRA, 2 vols., Gredos, Madrid, 1970).

664. Si se piensa, p. ej., que la circularidad de una figura puede ser un objeto, ya que la circularidad misma le pertenece como todo lo que círculo *contiene*, se yerra: la figura para Wittgenstein no es reductible a todo lo que cae dentro de ella. Y lo mismo se puede decir de los colores, los cuales, según Wittgenstein, tampoco están en los objetos (NB, pp. 65 y 82).

665. Russell siguió en este punto a MOORE (cfr. *The Problems of Philosophy*, Oxford University Press, London, 1912, 99-101).

666. Cfr. J. W. COOK, 34.

667. Cfr. J. W. COOK, 31, donde el autor señala que las notas son citadas por J. HINTIKKA, *Investigating Wittgenstein*, Basil Blackwell, Oxford, 1986, p. 77.

668. Cfr. NB, 3, 45, 50 y 64.

riencia⁶⁶⁹. Sin embargo, consciente de la limitación de la teoría de los *sense-data*, la cual invitaba a considerar la realidad como un epifenómeno de los objetos sensibles⁶⁷⁰, Wittgenstein nunca sintió demasiado aprecio por la teoría de los *sense-data*, la cual criticó repetidamente en años posteriores. Por el momento, se limitó a rebatir la creencia de que los objetos del campo visual son fenómenos que tienen su contrapartida en *sense-data*. Esta idea, elaborada dentro de un contexto más amplio, había confortado a Russell en la creencia de que los objetos eran entidades portadores de propiedades y poseían una estructura sujeto-predicado⁶⁷¹.

La tesis de Russell parecía discutible. En ella, objetos sensibles como “este papel” o “esta tiza” eran ejemplificaciones inmediatas de la blancura. Pero Wittgenstein notó que el hablar de “este papel” o “esta tiza” como sinónimo de “lo blanco” no carecía de riesgos, ya que esos objetos no parecen el único modo de acometer la descripción de lo que aparece en nuestro campo visual. Desde luego, uno puede observar la blancura así. Pero en su lugar, para Wittgenstein uno podría tomarla de modo tal que su representación no dé pie a hablar de “este papel” o “esta tiza”. Sin ir más lejos, se podría “describir la superficie de una habitación analíticamente por medio de una ecuación y fijar la distribución de colores en esta superficie”⁶⁷². De ese modo o de otro similar a ése, se daría cuenta de lo que hay ante nuestra vista de modo distinto a como lo hace una impresión. Es posible que uno perciba un papel como blanco, pero los objetos del *Tractatus* carecen de todo color⁶⁷³.

Esta posición, que reduce la realidad a impresiones, obligó a Wittgenstein a buscar una forma distinta de describir sus objetos. La debilidad de la teoría de los *sense-data* le enseñó que no podía hablarse de la existencia de cosas tales como “sillas”, “libros” y “mesas” sólo porque éstos “están en frente de mis ojos”. “Sillas”, “libros” y “mesas”, como tales, no responden a los objetos del *Tractatus*; la visión de tales objetos es una percepción. La experiencia de los colores, para Wittgenstein, contrasta con la naturaleza de los objetos, los cuales no comparecen en la experiencia; lo más que ésta

669. Es la tesis de J. W. COOK. Hintikka observa en la teoría de los objetos del *Tractatus* la misma ambivalencia que en Russell, para quien los *sense-data* eran más que objetos perceptibles (cfr. J. HINTIKKA, pp. 51-52).

670. La hipótesis de que Wittgenstein identificó los *sense-data* con objetos es implausible (cfr. P. CARRUTHERS, *The Metaphysics of the Tractatus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, 76-79).

671. Cfr. WVC, 41.

672. WVC, 41.

673. Cfr. 2.0232.

muestra son ciertas formas de los objetos⁶⁷⁴. Sin embargo, esto no daría pie a hablar de “propiedades”, pues “en un lenguaje lógicamente perfecto, los colores no adoptarían la forma de propiedades”⁶⁷⁵.

Los objetos reales no son así formas de nuestras impresiones. Un rastreo exhaustivo de los objetos de experiencia comunes a todo sujeto perceptor no podría resultar en su hallazgo. Ciertamente, cabe imaginar que un empirista de escuela como Hume nunca los habría entendido. Aunque uno trate de buscar los objetos de Wittgenstein con los sentidos, lo único de encontrarlos son imágenes, sonidos, percepciones táctiles, etc., lo cual explica la resistencia de Wittgenstein a proporcionar ejemplos de objetos⁶⁷⁶. Cuando tiempo después se le preguntó por el sentido de este proceder, Wittgenstein explicó que su preocupación en el *Tractatus* no había sido la de dirimir si las formas visuales eran entidades complejas o simples, ya que éste le parecía un problema empírico⁶⁷⁷. Su interés como *lógico* había consistido más bien en probar la existencia de los objetos simples sin detenerse a saber en qué consiste la experiencia de tales objetos, si es que en rigor podía hablarse de una experiencia así. La equivocidad del término “objeto”, que parece sugerir *a priori* la existencia una realidad indicable y concreta, debe llevarnos a pensar que, probablemente, al pensar en los objetos Wittgenstein tenía en mente formas universales⁶⁷⁸. Si esta hipótesis es cierta —o éste resulta ser el único modo que tenemos de concebirlas—, conceptos físicos como los de “masa”, “energía” o “fuerza” nos ayudarían mejor a entender los objetos que conceptos de tipo particular como “esta mesa”, “esta silla” o “este color”. Las características de los universales casan bien con los objetos del *Tractatus*: su contorno no está definido, a diferencia de las entidades de Russell, y no se dice que estén “aquí” o “allá” como se dice de seres particulares.

674. “Space, time, colour (being coloured) are forms of objects” (TLP 2.0251).

675. J. W. COOK, 35. Y si lo hicieran, siempre podría argüirse que eran analizables atómicamente. Son los enunciados, y no la experiencia visual, los que son lógicamente analizables.

676. Cfr. A. KENNY, *Wittgenstein*, 74. Las proposiciones elementales tampoco son el resultado de observaciones de experiencia de carácter simple (cfr. G. E. M. ANSCOMBE, 27 ss.).

677. Cfr. N. MALCOLM, *Ludwig Wittgenstein. A Memoir*, Oxford University Press, London, 1966, 86.

678. Evito expresamente el hablar de “entidades” universales, ya que la noción de “entidad” no parece apropiada para un objeto derivado del análisis de formas lógicas. La propuesta de una existencia de tales objetos —en Wittgenstein sólo incoada— no es, en verdad, una tesis aristotélica, pero Polo la ideó y desarrolló en su exposición sobre la física de causas (Cfr. *Curso de teoría*, IV/2, 172 ss.). Si los objetos tractarianos pueden tomarse como universales-reales, éste sería un punto de acuerdo con Polo, quien admite expresamente la existencia de universales reales.

Ciertamente, los objetos wittgensteinianos salvaron las dificultades de la posición de Russell. Pero para esto, en lugar de dar un paso hacia la experiencia, tratando de resolver la correspondencia entre lo sensible y lo real, se da más bien un paso hacia la lógica; en otras palabras, Wittgenstein trató de dar cuenta de lo real por otra formulación que no responda exactamente a la experiencia, como p. ej. el modo como una fórmula matemática no necesita de colores para mostrar la relación entre los elementos de una habitación. Este movimiento se ampara, desde luego, en la lógica que subyace a esa otra formulación de lo real. En el *Tractatus*, dejó de lado lo que consideró problemas de epistemología o psicología, y trató de centrarse en la lógica⁶⁷⁹. Tomó los objetos como *posibles* constituyentes de estados de cosas⁶⁸⁰, que por naturaleza encerrarían todos los estados posibles⁶⁸¹. Según Polo, esta dependencia de la lógica que se manifiesta en la teoría de los objetos, es común a muchos analíticos, y señala que, a menudo, ésta contrasta con un marcado interés por el singular. Al clasificar posturas, Polo incluye a Wittgenstein en el grupo de los nominalistas, quienes a su parecer defienden “un peculiar realismo empirista, que no acepta la primacía de la verdad”⁶⁸², aunque entendió que Wittgenstein está más cerca del idealismo que otros filósofos del lenguaje⁶⁸³.

Además de la renuncia a la noción de verdad —ya mencionada—, es propio del nominalismo un marcado interés por el singular que se debe a razones lógicas. Polo define el nominalismo como “una forma de realismo que determina las condiciones según las cuales se puede hablar de ser real”⁶⁸⁴. Como es de suponer, la condición exigida por el nominalismo al ente real es la singularidad.

Polo señala dos condiciones asociadas a la existencia de los hechos. La singularidad es la primera; la segunda, tomada en préstamo de Ockham, es la carencia absoluta de intencionalidad (para él, la noción de hecho como lo contradistinto la pensamiento es típicamente nominalista). Según Polo, lo que es singular hasta el punto de ser único, está por esa misma razón aislado de toda intencionalidad⁶⁸⁵. Dado que ésta es una propiedad de los conceptos

679. Cfr. TLP 4.1121.

680. Cfr. TLP 2.011.

681. Cfr. TLP 2.0123-2.0124.

682. *Nominalismo*, 21.

683. “Wittgenstein está más cerca del idealismo que Austin” (*Nominalismo*, 99-100).

684. *Nominalismo*, 22.

685. “No puede mantener esa relación especial que se llama intencionalidad”, *Nominalismo*, 23.

ajena a las cosas mismas, la singularidad despoja al singular de toda caracterización. El conocimiento del singular, en la práctica, resulta imposible, ya que éste no pertenece a un género. Con la pérdida de este rasgo desaparece lo que constituye a los singulares como tales: la intención de otro o el poder distinguirse de otros.

Aparentemente, la teoría de los objetos del *Tractatus* muestra escaso interés por lo singular⁶⁸⁶. Pero Polo advierte que la opción por la posibilidad —manifiesto en Wittgenstein en la teoría de la forma lógica— no es incompatible con esa falta de interés. Esta afirmación puede parecer extraña, ya que *a priori*, la posibilidad aparenta estar asociada con lo no-real, y por tanto, con entidades de sesgo universal. Para Polo, en cambio, lo singular se define como lo contradistinto de la posibilidad; ésta y el singular son como los dos extremos de un mismo arco. Un ser singular se define numérica y localmente como lo distinto en sentido absoluto. Por relevante que pueda ser la cuestión de cómo cada singular es contiguo a otro, en rigor, su aislamiento es más importante que su proximidad al siguiente (en el modo como ésta se defina). Esto sorprende si, a la vez, se dice que los singulares son posibles gracias a los otros respecto de los cuales se reivindica como distinto. La lógica prescribe dónde comienzan y dónde terminan, es decir, dicta sus límites *a priori*. Esa delimitación que los homogeneiza desde fuera, según Polo, equivale a desproveer de verdad a lo singular⁶⁸⁷, lo que hace que en la práctica, la distinción entre singulares sólo sea artificial, pues en la práctica son todos ficticios.

De nuevo, Polo acusa a Wittgenstein de dejar a un lado la noción de verdad, primero por la primacía de la lógica, y ahora por la carencia de intencionalidad de lo singular. Los objetos, constituyentes últimos de lo real, tal vez sean universales, pero si los estados de cosas son combinaciones de objetos, éstos tienen al menos ciertas características de los singulares. Además de esto, sabemos que el mundo se divide en hechos⁶⁸⁸, o que los hechos en el espacio lógico son el mundo⁶⁸⁹. La participación de los objetos en los estados de cosas y la división del mundo en hechos muestra así, si no en el fondo al

686. Cfr. TLP 3.3421, donde Wittgenstein muestra que la naturaleza de los casos individuales no es importante para el filósofo. Sin embargo, al mismo tiempo, se entiende que los objetos son los constituyentes últimos de la realidad, y se afirma que tienen que su conocimiento está vinculado al conocimiento del sentido (NB, 60), de modo que *tenían que existir* (P. M. S. HACKER, 65-66).

687. “Es puro resultado de un acto voluntario que no tiene nada que ver con la verdad”. (*Nominalismo*, 24).

688. Cfr. TLP 1.2.

689. Cfr. TLP 1.13.

menos en la forma, un cierto *compromiso singularista* según el cual el mundo tiene un estructura composicional en la que unos elementos se soportan en otros hasta llegar a lo más elemental. Como los objetos, o lo “lo más elemental” carece de toda caracterización, Wittgenstein hubo de afrontar el problema la distinción de los objetos entre sí. Ante esta dificultad, recurrió, con una fórmula un tanto oscura, al predominio de la lógica. Escribió que “si no hay nada que distinga a una cosa, yo no la puedo distinguir, ya que de otro modo ésta estaría ya de hecho distinguida”⁶⁹⁰. Anscombe asocia este comentario a la imposibilidad lógica de dar cuenta de la materia, dada la similitud mutua entre los objetos y la forma de la proposición⁶⁹¹. De hecho, el *Tractatus* afirma que dos objetos con la misma forma lógica no tienen más distinción que su ser distintos⁶⁹². Y para Polo, esta distinción no debería plantear serios problemas: la mente podría disociarlos fácilmente por el simple hecho de estar en el espacio lógico⁶⁹³.

4. La crítica de los *sense-data* o el problema de definir el conocimiento

Aunque, en adelante, Wittgenstein dejó la teoría de los objetos en la situación en la que quedó después del *Tractatus*, posteriormente, los argumentos que empleó le sirvieron para desmarcarse de Russell en su modo de entender las actividades mentales, con quien Wittgenstein mantuvo una discusión continua a lo largo de su obra. En lo que respecta a la naturaleza de las actividades mentales, apreció que en la teoría de los *sense-data*, el conocimiento se convierte en una *experiencia*, a decir verdad un tanto misteriosa, que afecta a cada individuo.

La teoría de los *sense-data* fue concebida originalmente por Moore, quien entendió las impresiones como un sustrato o paquete aglutinador de propiedades. Moore arguyó que los sensibles comparecen en la sensibilidad

690. TLP 2.02331.

691. Cfr. G. E. M. ANSCOMBE, 111.

692. TLP 2.0233.

693. En efecto, en el nominalismo es imposible la inserción de criterios de distinción entre los singulares, a no ser que el problema se resuelva mediante un recurso a la voluntad. Si los singulares no son distintos, Polo sugiere que la voluntad hace que lo sean. La lógica los ha determinado *a priori* en la consideración de todas las situaciones, de las que los hechos representan sólo una parte. Esta es una de las razones por las que Polo ve en Wittgenstein sesgos de voluntarismo. “Lo que se corresponde en nosotros con lo real es la voluntad”. (*Nominalismo*, 32).

en un sentido físico, según el cual éstos son sujetos de varias propiedades⁶⁹⁴. Naturalmente, este cuadro daba pie a hablar a continuación de “experiencias privadas” de colores y formas, más que de colores y formas reales. Según eso, Wittgenstein dedujo que “nada de lo que ocurre en el mundo exterior es conocido realmente, sino sólo lo que acontece en el dominio de lo que se conoce como los ‘sense-data’”⁶⁹⁵. La creencia de que los *sense-data* son sustitutos de las cosas que conocemos implica, quizá contra toda evidencia, que toda apariencia ha de contar por real. La gramática de las “apariencias” sensibles se convierte así automáticamente en la gramática de lo “real”, desahaciendo el criterio por el que una alucinación es una alucinación y una impresión la impresión de X ó Y. Wittgenstein, plenamente consciente de esta situación, arguyó que, para Moore, la oración “las apariencias de estas dos cosas es la misma” equivalía directamente a “estas dos cosas parecen ser iguales”⁶⁹⁶. Es decir, si A y B aparentan tener la misma forma y figura, Moore está obligado a sostener que A=B. De ese modo, si quería ser coherente con lo establecido, Moore debía concluir que A y B son la misma cosa a expensas de lo que la realidad contenga, ya que según su tesis lo sensible no puede tomarse por una representación de la realidad, sino sólo por nada más que *sense-data*.

Wittgenstein es consciente de que la teoría de los *sense-data* sume en el escepticismo no sólo a las impresiones sensibles —a las cuales concernía originalmente—, sino a todo el conocimiento que se deriva de ellas. Si el primer contacto con lo real es el de una simple “apariencia”, la percepción sensible se parece más bien a una alucinación. Esto da pie a entender el conocimiento como un proceso que, ante todo, destaca un sujeto perceptivo. Toda experiencia de conocimiento, o toda impresión, por definición parece la experiencia de un sujeto que *experiencia* o tiene conciencia de un objeto, tomando la “experiencia” como más valiosa que el objeto conocido. Uno no tendría por qué suponer que los colores y cualidades percibidos son más reales que los *sense-data*: o sea, los envases en que éstos llegan. Los *sense-data* deben tomarse, en este sentido, por “lo que hay” o “lo disponible” de lo real, sin que su contraste con la realidad sensible venga al caso: lo constituyente de los *sense-data* es la sensación que provocan en un sujeto⁶⁹⁷.

694. Cfr. G. E. MOORE, *Some Main Problems of Philosophy*, Macmillan, New York, 1953, 30.

695. OC § 90.

696. Cfr. BB, 70.

697. Cfr. P. SMITH, *The Philosophy of Mind*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, 96-97.

La crítica de Wittgenstein a la teoría de los *sense-data* consiste esencialmente en mostrar que es psicologista⁶⁹⁸. A grandes rasgos, es psicologista el intento de reducir el conocimiento a uno o varios estados mentales. Sin embargo, Wittgenstein tuvo siempre clara la idea de que el conocimiento, desde lo sensible hasta lo intelectual, no es ninguna clase de ocurrencia o “proceso mental” similar al de los procesos fisiológicos o naturales⁶⁹⁹. De hecho, cuando se habla de experiencias visuales, sensaciones, dolores, etc., como si se tratara de objetos privados, empleamos palabras como “dolor” o “sense-datum” en un sentido similar al que emplearíamos la palabra “silla”, objeto del que se puede decir que “se encuentra aquí”. Evidentemente, a pesar de la existencia de una zona dañada, decir de un dolor que “se encuentra aquí” como la silla “está aquí” no parece el mejor uso que podemos hacer de esas palabras, ya que dan pie a entender el dolor como una entidad más que como un estado de un sujeto. Para Wittgenstein, sensaciones y experiencias no son “entidades”, sustancias o elementos físicos, de modo que tacharlas de “subjetivas” para tratar de clasificarlas de algún modo no parezca apropiado. Lo relevante del conocimiento no es su constituir una experiencia, porque el empleo del término “subjetivo” para referirse al conocimiento va sospechosamente unido a su interpretación como un fenómeno de carácter privado del que sólo el individuo es testigo. En esa perspectiva, tanto la visión de un color como un dolor no son más que fenómenos internos en los que las palabras “visión”, para uno, y “sensación”, para otro, no están por un conocimiento, sino por una pasión, como en el adagio empirista *esse est percipi*.

El esquema de los *sense-data*, llevado a su extremo, da pie a decir cosas tan curiosas como que se ve “en el ojo” o se escucha “en el oído” al modo como un individuo está en una habitación; p. ej., se puede decir que se camina por esta habitación en un sentido similar a como las impresiones de esta misma habitación “ocupan” temporalmente los órganos de la vista. Los fenómenos de “ver” u “oír” serían para Moore y Russell, la atención o el reconocimiento de lo que ocurre en esa habitación. Este reconocimiento podría tomar la forma, p. ej., de la detección de una mancha en un espacio, una actividad que exige por parte del sujeto el análisis de lo que se ve. Si, como dicen, la presencia del objeto es física, cuando al sujeto se le pida indicar la mancha, éste debería ser capaz de decir, “¡aquí está!” ilustrándolo si es preciso con una imagen de su campo visual. Pero en este caso concreto, añade Wittgenstein, “pregúntate: ¿cómo saber dónde señalar el lugar donde nos

698. Wittgenstein mostró ya en el *Tractatus* que conocer los objetos no es ninguna clase de experiencia (cfr. G. STOCK, “Wittgenstein on Russell’s Theory of Judgement”, en G. VESEY, *Understanding Wittgenstein*, The Macmillan Press, London/Basingstoke, 1974, 62).

699. Cfr. BB, 41-43; PI § 332-335; OC § 230.

duele? (...) ¿conocemos la situación del dolor en un espacio euclidiano, de modo que al sentir dónde nos duele sabemos a qué distancia [el dolor] se encuentra de dos de las paredes de esta habitación y del suelo?”⁷⁰⁰. ¿Por qué razón, al preguntar dónde nos duele un pinchazo repentino, el sujeto no realiza un análisis de su dolor comparable al de su campo visual? ¿Y en todo caso, si esto resulta posible qué sentido tendría hablar del “campo visual” del dolor?

Polo, sin duda, suscribiría gran parte de estas críticas. Pero señaló también que el primer Wittgenstein, junto con Spinoza, renunció a lo que Polo denomina los “niveles inferiores” de conocimiento⁷⁰¹ refiriéndose al conocimiento sensible. Polo interpreta la conocida expresión wittgensteiniana de “tirar la escalera”⁷⁰² en el sentido de que, una vez que se ha descubierto el análisis lógico, se podría prescindir de la sensibilidad y de todos los grados de conocimiento inferiores a la abstracción. Wittgenstein, como se ha manifestado, señala que la lógica es independiente de la psicología y la teoría del conocimiento. Bajo esa óptica, los escalones inferiores de conocimiento estarían al servicio de los superiores, según Polo, hasta el punto de carecer de toda relevancia cognoscitiva⁷⁰³.

Pero después de citar esta intención de Spinoza y Wittgenstein añade: “aunque luego no lo han hecho”⁷⁰⁴. En efecto, Polo conoce el interés posterior de Wittgenstein por aclarar la naturaleza de los objetos sensibles y los colores, sobre los cuales escribió en *Remarks on colours*⁷⁰⁵ y en algunas otras obras. No es preciso añadir más a esto. Wittgenstein mantuvo siempre un interés por aclarar la percepción sensible, aunque ésta no sea precisamente una característica que lo asocia al nominalismo. En él, según Polo el único conocimiento posible de la realidad, del que anteriormente se ha hablado, es la intuición, es decir, un tipo de conocimiento no-mediado y directo del singular. En efecto, algo hay en la propuesta de los *sense-data* que los convierte no sólo en actos físicos sino en actos cognoscitivos. Para Polo, esta puesta en paridad del conocimiento con un acto real convierte de la percepción del singular en un hecho psíquico⁷⁰⁶. Así, si el singular es un objeto físico A, su percepción

700. BB, 49-50.

701. “Espinosa y Wittgenstein (cada uno a su modo) han sostenido que se puede prescindir de los niveles inferiores”, *Curso de teoría*, II, Pamplona, Eunsa, 2ª ed., 1989, 204.

702. TLP 6.54.

703. En la axiomática de Polo, esta actitud, que da al traste con la sensibilidad, conculca uno de los axiomas: el de la unificación (axioma D).

704. CTC II, 159.

705. Cfr. G. E. M. ANSCOMBE (ed.), Basil Blackwell, Oxford, 1977.

706. “El conocimiento del singular es un hecho psíquico singular”. *Nominalismo*, 23.

constituiría un objeto psíquico B (o un hecho). La percepción sería así como la superposición de una realidad a otra. Con independencia de qué se piense cuando se percibe, se supone que una realidad física da origen a otra distinta de carácter psíquico; naturalmente, teniendo “lo psíquico” por compatible con el análisis atómico de propiedades.

Para Polo, la intuición resulta incompatible con el primero de los axiomas de su teoría del conocimiento, el axioma del acto. El “axioma del acto” o axioma A establece que “el conocimiento es siempre activo”⁷⁰⁷, una tesis frente a la cual se posiciona la tesis de que el conocimiento es pasivo o que el conocimiento comporta pasividad. Según la axiomática, si una tesis es verdad, entonces la otra es necesariamente falsa. Pues bien, Polo señala que las bases teóricas del conocimiento intuitivo conculcan el axioma del acto. La intuición es pasiva e implica la atención indirecta a lo conocido, o en otras palabras, la percepción del objeto sin mediación del cognoscente, sino simplemente asistiendo como espectador a la llegada de los contenidos de conciencia. El modelo cognoscitivo de la intuición es, en esencia, el modelo de los *sense-data*. En ella, no se destaca un acto cognoscitivo, sino la influencia de una porción de la realidad en nuestros órganos de percepción. Se piensa así que visión del rojo como color representa lo que se percibe como “rojo” porque las propiedades físicas de las partículas imprimen en nuestros órganos una “sensación de rojo”. El conocimiento se entiende así como una causación mecánica en la que una realidad da lugar otra.

Ya se ha señalado que Wittgenstein rechaza la concepción del conocimiento como “proceso”. A la vez, tampoco le satisface la noción de “actividad” para definirlo, precisamente por su afinidad a la noción de “proceso”. Wittgenstein no aceptaría una expresión frecuente en Polo referente a la existencia de una “actividad” cognoscitiva. La actividad cognoscitiva es un tema clásico; ya Aristóteles definió el conocer como acto. Pero a pesar de la aprensión wittgensteiniana a llamar “acto” al conocimiento, las tesis de Polo y Wittgenstein no son aquí tan dispares. Wittgenstein detectó que la semántica de los procesos poco tiene que ver en sí con el conocimiento, llamando la atención sobre la necesidad hallar otro tipo de nociones más apropiadas⁷⁰⁸. Polo ha reflexionado sobre esa clase de noción. Para él, siguiendo sugerencias aristotélicas, el conocimiento es una actividad inmanente, no sujeta a los procesos de cambio ni alteración que tengan lugar en unos órganos. La actividad de conocimiento en sí no es transitiva, sino inmóvil⁷⁰⁹, lo que según

707. *Curso de teoría*, I, 30.

708. “Nothing is more wrong-headed than calling meaning a ‘mental activity’” (PI § 693).

709. “El conocimiento comparado, por ejemplo, con el correr, es inmóvil y por ello más acto; es *enérgeia*”, *Curso de teoría*, I, ed. cit., 48.

Polo cualifica a los actos cognoscitivos como distintos de los *enteléquicos* o *constituídos*, es decir, como distintos de las sustancias naturales. Para Polo, pues, el conocimiento es un acto perfecto, *enérgeia*: una actividad inmanente caracterizada por la posesión perfecta del fin. En el conocer, el comienzo y el fin del acto no se pueden discernir.

Para Polo la mera presencia de partículas físicas en unos órganos no es suficiente para hablar de “conocimiento”⁷¹⁰, ni en rigor, esa influencia que viene del exterior puede ser *sentida*. De suponer que la llegada de partículas del exterior es en sí misma una sensación, el problema es cómo sentir esa sensación. Polo concibe que la actividad sensible es un acto del cognoscente diferente a un mero contacto físico. Sin una actividad sensitiva, las impresiones externas no se sentirían. Así, Polo y Wittgenstein estarían de acuerdo en que el conocimiento es algo más que un acto físico. Para Wittgenstein, hablar de un “acto inmanente” ya sería mucho, y para Polo, que lo vio con mayor claridad, se trata de un axioma.

En síntesis, Wittgenstein reparó claramente en la noción de conocimiento como acto inmanente, aunque es más que probable que, al no haber elaborado una teoría del conocimiento sobre la noción de verdad, Polo haya podido llegar más lejos en el desciframiento de la realidad. Wittgenstein logró, sin duda, el abandono del límite en puntos clave como el carácter inmanente del conocimiento, el cual es fruto de su lucha contra la concepción psicologista de los actos mentales. Su crítica a la *privacidad* de las impresiones sensibles, p. ej., podría verse como una dimensión del axioma del acto para mostrar que el conocer ni es arbitrario, ni es, como se ha mantenido algunas veces, una clase de experiencia. Toda vez que se admite esto, se aleja a los actos cognoscitivos de la noción clásica de sustancia. En la mayor parte de las metafísicas, esta noción se ha visto como un sujeto de propiedades, línea con la cual enlazó la teoría de los *sense-data*. En ese sentido, Wittgenstein fue más expedito que otros filósofos como Aristóteles o Tomás de Aquino en el mantenimiento de que los actos cognoscitivos no son sustancias, hasta el punto, como hemos visto de evitar caracterizarlos por completo⁷¹¹.

Junto a esto, advirtió con otros filósofos analíticos, que el lenguaje es una realidad intencional, aunque tomando como relevante sólo la intencionalidad de los actos ilocutivos, es decir, la inherente a nuestro modo de pensar. Y dejó la intencionalidad veritativa en un sentido compatible con el carácter no-lógico de lo real. Si, de la intencionalidad del lenguaje, hubiera pasado a la del conocimiento, y de éste, a su vez, a la verdad, quizá la filosofía de sus

710. “Para lo material ser en acto no es ser cognoscible en acto”, *Ibid.*, 49.

711. Cfr. G. PITCHER, 275.

últimos años no le habría llevado por caminos tan cercanos a la pragmática. Aunque sin duda, esta actitud hubiera requerido la asunción del realismo de la filosofía tradicional y el abandono de todo un bagaje heredado de la tradición empirista y analítica. En ese sentido, su criticismo frente a muchas tesis empiristas hace de él un filósofo distinto.

Miguel García-Valdecasas
Faculty of Philosophy
University of Oxford
10 Merton Street
Oxford OX1 4JJ
e-mail: miguel.garcia@philosophy.ox.ac.uk

NOTAS

Juan Fernando Sellés

¿Es curva la voluntad? Acotaciones sobre la hermenéutica nietzscheana

Santiago Collado

Conocer la realidad material

